
*Denis Bergmann**

La ampliación hacia el Sur de la Comunidad Económica Europea

Los productores agrícolas de las regiones mediterráneas de la Comunidad Económica Europea (C. E. E.) están inquietos. Ya tenían buenas razones para considerarse desfavorecidos con relación a los agricultores del noroeste de Europa. Consideran que el funcionamiento de la política agraria comunitaria (P. A. C.) está sesgada en favor de los cereales, del azúcar y de la leche, lo cual no les afecta en absoluto. Piensan que la ampliación hacia el Sur de la C. E. E., motivada más bien por razones políticas, será favorable a los intereses de los industriales e incluso de algunos agricultores del noroeste de Europa. Pero temen, en contrapartida, a las importaciones de frutas, verduras y vinos, que competirán con sus propias producciones.

Nuestro objetivo es examinar en qué medida estos temores son fundados. Lo haremos desde el punto de vista de un investigador, especializado en la problemática de la política agraria en los países desarrollados, pero que no está familia-

* Del Institut National de la Recherche Agronomique, París. El presente trabajo fue presentado en las Jornadas que, bajo el lema «Agricultura, cambio social e integración europea», organizó la Asociación de Economía y Sociología Agrarias, en colaboración con la Secretaría General Técnica del Ministerio de Agricultura, los días 14 al 17 del pasado mes de marzo.

rizado ni con los detalles del mercado del tomate en conserva ni con las sutilezas de la reglamentación de la P. A. C. sobre el aceite de oliva. Las ideas aquí expresadas no vinculan, por supuesto, al Gobierno francés, sino que son la opinión de un economista que afortunadamente tiene, en el contexto de la institución en que trabaja, una gran libertad de expresión.

Por ello, tras la elección de un título un poco genérico, existe la intención de tratar de la ampliación hacia el «Sur» en general y no de la adhesión de España en particular. Desde el punto de vista del economista francés que busca explicación a las reticencias, que pretende analizar las dificultades potenciales y proponer, quizá, posibles compromisos, no se trata solamente de la competencia española, aunque sea ésta la más de temer. La inquietud que reina tiene causas más amplias y es relativa tanto a Grecia como a España. El análisis de las consecuencias de las potenciales adhesiones a la C. E. E. descubre una cuestión de mayor envergadura: el temor a que la agricultura del «Midi» francés sea sacrificada en beneficio de una geopolítica de conjunto en la que pesan mucho los imperativos del suministro energético y, por tanto, de las relaciones con el mundo árabe.

Para explicar lo más claramente posible las actitudes de los distintos grupos sociales que constituyen la colectividad nacional francesa, ante este problema de la ampliación de la C. E. E., nos parece útil recordar, en primer lugar, algunos datos esenciales en relación con los principios de la P. A. C. Esto nos permitirá luego analizar mejor las principales reticencias que se han manifestado o podrían manifestarse. Algunos datos cuantitativos se presentan como anexo.

I. PRINCIPIOS Y DIFICULTADES DE LA POLITICA AGRICOLA COMUNITARIA

La P. A. C. que describiremos y comentaremos es la que actualmente está en vigor. Nada indica que no se modificará el día en que llegue a ampliarse. Pero hay que partir de lo que existe.

Los tres grandes principios básicos de la P. A. C.

El primer gran principio de la P. A. C. es el de la *libre circulación* en el interior de la Comunidad. Está, sin embargo, atenuado por:

- las diferencias en la fiscalidad indirecta (impuesto sobre el valor añadido —I. V. A.— o derechos indirectos, para las bebidas alcohólicas en concreto);
- las reglamentaciones sanitarias;
- las cantidades de compensación monetaria (C. C. M.).

Las diferencias en la fiscalidad deberían reducirse a través de decisiones uniformadoras (como en el caso del I. V. A., cuya extensión a determinados países miembros ha sido un subproducto de la creación de la C. E. E., pero que no tiene las mismas tarifas en todos los países). La cuestión de los derechos indirectos sobre los vinos y alcoholes interesa mucho a los viticultores.

La armonización de las reglamentaciones sanitarias, a pesar de que ha progresado, sigue imponiendo limitaciones; por ejemplo, en el control de los mataderos.

La cuestión de las C. C. M. es más compleja. En el anexo se la dedican algunos comentarios. Parece claro que el desarrollo de la integración europea exige la reducción —sin duda gradual— de las C. C. M. A más largo plazo es deseable una mayor integración y armonización de las políticas económicas (en especial, de las monetarias y de las presupuestarias) que permitan evitar variaciones demasiado amplias en los valores relativos de las monedas. Pero este no es nuestro tema.

Una consecuencia del principio de la libre circulación es que no debe haber distorsiones de la competencia. Por eso, a partir de su entrada, el Reino Unido ha tenido que suprimir las subvenciones que se concedían con la finalidad de bajar los precios de los abonos. No se trata de homogeneizar los costes de producción —el suelo será siempre más duro en el Sur—, sino de no modificarlos artificialmente.

Esto es importante en materia de fiscalidad, de política de transportes, de legislación social, de seguridad social, de subvención de alguno de los servicios prestados a los agricultores (crédito, riego, inseminación artificial...). En este sentido, se puede adelantar que si un país tiene un mal sistema de investigación agronómica o de vulgarización agraria está en desventaja relativamente a aquellos países con sistemas mejores. Entonces se trata de una desventaja en vez de una distorsión. Pero ¿dónde está el límite?

El segundo gran principio de la P. A. C. se refiere a la *tarifa aduanera común* (T. A. C.) y, por tanto, a la *preferencia comunitaria*. Para que los países miembros encuentren ventajoso el suministrarse dentro de la Comunidad en lugar de importar de terceros países tiene que existir una barrera en las fronteras de la C. E. E.

Este principio tiene algunas excepciones (maíz importado en Italia, comercio entre las dos Alemanias —R. F. A. y R. D. A.—, contingentación de la mantequilla y la carne de Nueva Zelanda...). También deben mencionarse las excepciones vinculadas a los acuerdos de Lomé, convenidos en 1975 con 46 países de África, islas del Caribe y del Pacífico.

Desde luego, en relación con el principio de la T. A. C., se plantea el problema de su *nivel* (e incluso el de los mecanismos de protección: derechos fijos o imposición variable). Para determinados productos, en particular los cereales y el azúcar, la T. A. C. ha sido un elemento esencial en la política de altos precios agrícolas practicada en el contexto de la P. A. C.

No sería infundado pensar que esta etapa está superada y que se tiende hacia una menor separación entre los precios de la C. E. E. y los «mundiales», en especial para los cereales (1). Esto puede plantear problemas a los productores españoles de cereales que actualmente se benefician de precios superiores a los de la C. E. E.

El tercer gran principio de la P. A. C. se refiere a la *responsabilidad financiera colectiva* de los países miembros en relación con los costes de la P. A. C. Ya se hagan las

(1) Esta idea se desarrolla en las páginas que siguen.

recaudaciones impositivas en Rotterdam o Génova, se paguen las restituciones en Copenhague o Ruén, se compren los excedentes en Chartres o Hannover, existe un organismo central —el Fondo Europeo de Orientación y Garantía Agrarias (F. E. O. G. A.)— que contabiliza todos los gastos e ingresos generados por la P. A. C. Los estados miembros deben financiar al F. E. O. G. A. solidariamente en base a determinados ingresos fiscales afectos al presupuesto comunitario (I. V. A.) y a contribuciones complementarias en función de la importancia y riqueza de los Estados.

Este tercer principio no se presta a una discusión generalizada. Pero hay que destacar la importancia que conservan los gastos presupuestarios nacionales, destinados a la agricultura, comparados con el F. E. O. G. A. (2). Las diferencias en la importancia de estos gastos y en la eficacia de las medidas concretas correspondientes pueden considerarse, en alguna medida, como distorsiones de la competencia. Pero ¿puede prohibirse a un Estado el gastar eficazmente el dinero de sus contribuyentes y a otro el desperdiciarlo?

Algunos autores consideran que hay un cuarto principio básico de la P. A. C.: el de la homogeneidad de los precios en el interior de la C. E. E. Esta igualdad de los precios —siendo los costes de transporte parecidos— nos parece una *consecuencia* del principio de la libre circulación más que un principio en sí (en relación con esto, véase el anexo sobre las C. C. M.).

Tentativa de análisis más dinámico de la P. A. C.

Al ser la potencial ampliación de la C. E. E. una cuestión de largo plazo, no basta con explicar la organización actual de la P. A. C., sino que hay que preguntarse por las tendencias de evolución probables.

Es obvio que se trata de un terreno incierto y que sólo

(2) En 1976, el F. E. O. G. A. tenía un presupuesto de 6.100 millones de unidades de cuenta, mientras que la suma de los gastos públicos (de los nueve) destinados a la agricultura es del orden de los 11.000 millones de unidades de cuenta, de los que casi 7.000 son «ayudas» de la Comisión de la C. E. E.

pretendemos proponer algunas hipótesis que, aunque sean discutibles, se nos antojan plausibles.

En primer lugar, parece razonable pensar que los niveles de mantenimiento de los precios, adoptados en el contexto de la P. A. C., serán más bien bajos durante los próximos años. Pero hay que descomponer esta hipótesis en dos elementos.

Es probable que se desee fijar los precios de intervención a niveles relativamente bajos (en términos reales, por supuesto) para que los mecanismos de intervención funcionen de forma menos sistemática que en el pasado. En algunos años, el almacenamiento de cereales y azúcar podría incluso provocar descensos de precios. El precio de intervención se convertiría, así, en una especie de salvaguarda de seguridad para evitar accidentes insostenibles, más bien que un elemento permanente de mantenimiento de rentas como lo ha sido entre 1960 y 1972.

Como resultado, la diferencia entre los precios mundiales y comunitarios sería menor. En lugar de tener, para los cereales, precios comunitarios del orden del 200 por 100 de los mundiales —como sucedía en 1970—, se pueden prever precios comunitarios del orden del 120 al 140 por 100 de los mundiales.

Sin embargo —y este es el segundo aspecto del problema de los precios—, determinados sucesos y tendencias permiten pensar que los precios mundiales, al menos de los cereales, serán hacia 1980 sensiblemente más altos que entre 1960-70. Esto compensará las tendencias a la baja de los precios de intervención de la C. E. E., ligadas a una flexibilización de la P. A. C. Pero, en cualquier caso, parece realista el advertir a los agricultores españoles que no esperen incorporarse a una Comunidad con precios agrícolas muy altos. La actual C. E. E. no es tan favorable a los agricultores como lo fue la de 1960.

En contrapartida a esta menor intervención en materia de precios —que ha sido, dicho sea de paso, pedida durante muchos años por la mayor parte de los economistas independientes— habrá que esperar, al menos para determina-

dos agricultores a dedicación total, ayudas directas para el mantenimiento de las rentas. Es de sobra conocido lo caro que resultan estos programas.

Esta flexibilización relativa de la P. A. C. en materia de precios tendrá efectos favorables respecto de las C. C. M. Puesto que el precio europeo de intervención se utilizaría excepcionalmente y no sistemáticamente, las pequeñas diferencias entre los precios de los distintos países, vinculadas a las variaciones relativas del valor de las monedas, no tendrán la importancia que tienen actualmente. La instauración de C. C. M. será, pues, menos necesaria.

Otro aspecto de la flexibilización de la C. E. E. en materia de precios y mercados agrícolas se refiere a la transferencia de las responsabilidades de la gestión de mercados a organismos interprofesionales. Sin duda, la gestión de mercados, por parte de la Comisión de Bruselas, se lleva ya con la participación de numerosos comités de producto que incluyen a representantes de productores, transformadores y distribuidores. Pero parece posible esperar el desarrollo de organismos menos vinculados a la administración y que regularían la comercialización, las formas de competencia, la transformación, las normas de calidad... Estos organismos podrían llegar a respaldar las operaciones de almacenaje y las acciones de retirada del mercado de determinados excedentes. (El problema que se plantea es el de saber cómo se defenderían, en la actuación de estos organismos interprofesionales, los intereses de los consumidores.)

Es importante destacar que estos dos tipos de actuaciones, que serían la contrapartida de la flexibilización en materia de precios, el mantenimiento de las rentas y la organización interprofesional de los mercados, originan dificultades de aplicación en aquellos países donde la administración agraria está escasamente implantada sobre el terreno, donde la estadística agraria está subdesarrollada, donde la oferta está atomizada en una multitud de microproductores o donde los organismos profesionales de aglutinamiento de la oferta agrícola —del tipo cooperativo o de agrupación de productores— son débiles o inexistentes.

Este comentario lleva a otro referente a la política de estructuras.

Teniendo en cuenta la situación demográfica agraria y a pesar de la disminución en el ritmo de evolución estructural, debida a las graves dificultades surgidas en los últimos tres años en el mercado de trabajo, parece probable que la estructura agraria de la Europa del Noroeste seguirá evolucionando. Esto es, por otra parte, necesario para poder aumentar las rentas, ya que los precios serán bajos. Una parte creciente de la producción comercializada será producida por explotaciones de carácter esencialmente familiar en lo que respecta a la mano de obra, pero lo bastante grandes, sin embargo, en cuanto a sus dimensiones totales (valor de la producción-valor añadido). Estas explotaciones estarán a su vez insertas en una economía predominantemente industrial en función de la importancia de sus compras a otros sectores y, a menudo, de su endeudamiento. No sería ilógico sugerir que, como en el pasado, las políticas agrarias, y en particular la P. A. C., se estructuraran de forma que sirvan prioritariamente los intereses de este tipo de agricultura.

En las zonas mediterráneas no se ha dado, hasta ahora, el mismo desarrollo. La velocidad de disminución del número de sus explotaciones ha sido, con frecuencia, muy lento. Por tanto, su situación estructural está mucho menos «avanzada». Parece, pues, plausible el prever una inadaptación de la P. A. C. al estado de desarrollo de estas explotaciones y de estas regiones. Habría, para dar lugar a un acercamiento entre la situación de las zonas mediterráneas y las del noroeste de Europa, que practicar —en las regiones en cuestión— una política estructural muy activa y permitir que su efecto se mantenga a lo largo de los años. Esta política estructural es sumamente costosa y se enfrenta con evidentes obstáculos cuando la situación general del empleo es mala. También para esto, 1980 será todavía menos favorable que 1960.

Teniendo en cuenta el desorden que caracteriza la propiedad agraria de las regiones mediterráneas, esta política estructural deberá incluir un elemento importante de refor-

ma de la propiedad. Pero ¿quién estará dispuesto a emprender una reforma agraria enérgica?

En definitiva, esta visión rápida de la P. A. C. y sus perspectivas muestra que los impactos sufridos por la economía mundial desde 1972 han provocado modificaciones profundas en la economía agraria de la C. E. E. Los principios básicos de la libre circulación y de la preferencia comunitaria parece que deban mantenerse. Pero la época del mantenimiento de rentas a través del sostenimiento de precios, instrumento casi único de la «antigua» P. A. C., se ha terminado. Hay que plantearse políticas mucho más selectivas, estructurales, regionales...

Esta nueva P. A. C. será costosa y difícil de administrar, incluso si determinadas responsabilidades se transfieren a los organismos interprofesionales.

La nueva P. A. C. habrá de organizarse mejor para estimular el desarrollo de las exportaciones, ya que la C. E. E. cada vez supera el nivel de autosuficiencia para un número mayor de productos.

Finalmente, la nueva P. A. C. tendrá que intervenir en condiciones difíciles en lo que respecta a las posibilidades de empleo fuera de la agricultura, los recursos presupuestarios y el dinamismo de la demanda interior.

Estas dificultades son especialmente importantes en el caso de las regiones del Midi francés, y por eso es ahí donde se teme a la ampliación de la C. E. E. hacia el Sur.

II. LAS RETICENCIAS DE LOS AGRICULTORES DEL MIDI FRANCES FRENTE A LAS PERSPECTIVAS DE AMPLIACION

En abril de 1976, el Centre National des Jeunes Agriculteurs (C. N. J. A.), una de las principales organizaciones de la agricultura francesa, publicó un folleto titulado «España: un impacto para Europa». Esta publicación concluía que la entrada de España en la C. E. E. será «un error para todos»,

porque «cuando un barco naufraga, es mejor no añadirle nuevos pasajeros».

Estas cuestiones han sido tratadas, de forma más o menos moderada, por otros grupos y personalidades.

Más allá de las afirmaciones enfáticas y de algunas manifestaciones recientes, nos encontramos con un problema clásico: el de la necesidad de que haya una *compensación* entre las ganancias de los ganadores y las pérdidas de los perdedores (3). No puede esperarse que un grupo social se adhiera a un proyecto del que no va a obtener beneficios directos ni indirectos.

Y los agricultores de las regiones meridionales de Francia tienen la impresión de que serán los perdedores si hay una ampliación hacia el Sur de la C. E. E. Las razones de sus temores son numerosas y, como es frecuente en la realidad económica, están estrechamente ligadas entre sí.

Intentaremos separarlas, aunque este ejercicio sea a veces arbitrario y algo académico, distinguiendo tres tipos de factores:

- la relativa pobreza de las regiones y los agricultores en cuestión;
- las dificultades técnicas y económicas vinculadas a los cultivos predominantes en esas regiones;
- el clima psicológico generalizado entre los agricultores del Midi francés.

A) UN TRASFONDO DE POBREZA

Regiones pobres, poco industrializadas, envejecidas

Las regiones del Midi francés tienen una escasa vitalidad demográfica (tasa de crecimiento natural en 1973: 2 por 100 frente al 5,7 por 100 de la media nacional). La región del Languedoc tenía, en el censo de 1968, un 6,6 por 100 de hombres mayores de 65 años y un 18,1 por 100 de mayores de 45 años, mientras las medias nacionales correspondien-

(3) Este problema ya fue planteado, en 1953, por P. Fromont (véase Fromont, 1962, pág. 495).

tes son un 5,2 y un 15,4. Únicamente la región de Limousin supera al Languedoc.

Si tomamos como base 100 la renta disponible media para el conjunto de Francia, en el período 1969-71, las regiones francesas más pobres son las siguientes:

Bretagne	84,2
Midi-Pyrénées	87,0
Franche-Comté	87,2
Pays de la Loire	87,5
Poitou-Charente	87,6
Auvergne	88,0
Languedoc	88,0

Es evidente que las regiones más pobres son fundamentalmente las del Oeste y del Midi.

La población activa de la zona mediterránea francesa (Languedoc, Provence-Cote d'Azur y Corse) se repartía, en 1974, de la forma siguiente:

Agricultura	10,0 %
Industria	18,2 %
Construcción, obras públicas	12,2 %
Servicios	59,6 %

Ninguna zona tiene una proporción tan baja de empleo industrial. Además, el empleo femenino está muy poco desarrollado en el Midi. En 1968, sólo el 21 por 100 de las mujeres casadas del Languedoc tenían empleo, frente al 46 por 100 de la región de París.

Finalmente, las regiones meridionales tienen el porcentaje de paro más alto de toda Francia.

Rentas agrarias frecuentemente bajas

Según las contabilidades agrarias regionales y departamentales de 1974, tomando como base 100 el resultado bruto medio por explotación, las regiones más pobres de

Francia son las siguientes (y se sitúan así en función de su índice respecto a la media):

Limousin	62
Languedoc	64
Auvergne	69
Aquitaine	70
Midi-Pyrénées	70

Uno de los cuadros del anexo confirma estos datos a nivel departamental.

Si tomamos como criterio el resultado bruto medio de explotación por persona-año-trabajo (P. A. T.) de la familia (equivalente de trabajador a plena dedicación, excluyendo a los asalariados) se obtienen las cifras siguientes:

Limousin	48
Auvergne	61
Midi-Pyrénées	63
Aquitaine	64

Pero la región del Languedoc llega, en este cuadro, exactamente al nivel nacional (índice 100). Esto se debe, sobre todo, al hecho de que las explotaciones con dedicación parcial son muy numerosas en esta región. El cálculo basado en las P. A. T. resulta, pues, más significativo que el cálculo por explotación.

Estos datos por departamentos se confirman con el análisis de las rentas agrarias por categorías de explotación —clasificadas en función de su orientación técnico-económica—. Esta clasificación es bastante burda, pero demuestra que las explotaciones de orientación vitícola están bastante mal situadas en relación con la media nacional.

Así, en 1975, las 182.000 explotaciones clasificadas en la categoría de orientación «viñedo» tuvieron un resultado bruto de explotación de índice 70 (en relación con la media nacional de base 100). Por el contrario, las explotaciones clasificadas en la categoría «frutales» tenían un índice 136 (véase el cuadro I del anexo).

Las contabilidades micro-económicas de las explotacio-

nes que componen la red de información contable agraria (R. I. C. A.) muestran con más detalle la situación de los principales tipos de explotación de las zonas mediterráneas (cuadro II).

Se observa, sobre todo, una *gran dispersión*. El Midi mediterráneo francés se compone de micro-explotaciones, vitícolas con frecuencia, muy pobres y cuyos miembros deben buscar fuera de ellas ingresos complementarios. La explotación vitícola promedio (de 10 a 20 ha, dedicación plena) está, en cuanto a ingreso neto, por debajo de la media nacional de explotaciones familiares con dedicación plena. Pero hay un estrato superior de explotaciones vitícolas con más de 50 ha. que emplean una media de más de 5 asalariados (o su equivalente a tiempo completo) y que obtienen un resultado neto de explotación (del orden de los 86.000 francos) que sólo está superado por el «gran cultivo» del Bassin Parisien o del Norte —que obtiene un resultado neto por explotación de 100.000 francos (e incluso de 200.000 para el grupo de explotaciones del Bassin Parisien, con más de 100 ha).

Las zonas mediterráneas francesas se caracterizan, por tanto, por grandes contrastes y profundas en la distribución de las rentas agrarias. Junto a una multitud de pequeñas explotaciones pobres hay un grupo de grandes unidades que producen a los que las dirigen importantes ingresos. Más adelante volveremos a tratar de estas desigualdades.

B) UNA ESPECIALIZACION EN DETERMINADOS PRODUCTOS QUE DA LUGAR A PARTICULARES DIFICULTADES

La especialización más acentuada: vino, frutas, verduras

Está claro que la ampliación hacia el Sur no perturba a los productores de cereales, de azúcar, de carne o de leche, que incluso esperan ganar con los nuevos mercados. Los productos sensibles son el vino, algunas frutas y algunas verduras.

Alrededor del 60 por 100 (en valor) de la producción

francesa de verduras proviene de las cinco regiones meridionales de Francia (Aquitaine, Midi-Pyrénées, Languedoc, Provence-Cote d'Azur, Corse). En cuanto al vino, entre los cuatro departamentos (Aude, Gard, Hérault, Pyrénées-Orientales) que componen el Languedoc producen casi las dos terceras partes de los vinos de mesa comercializados.

Quizá sea más significativo todavía el medir la especialización a través de la parte del valor de la producción final agraria que procede de los tres grupos de productos «sensibles»: las frutas, las verduras y el vino (cuadro III). Se observa que, en los Pyrénées-Orientales, estos tres grupos de productos suponen alrededor del 90 por 100 de la producción final agraria. En Hérault, sólo el vino representa ya el 80 por 100 de la producción agraria.

Al estar el Languedoc muy poco industrializado (como ya hemos mencionado), la pérdida de ingresos por vino, frutas o verduras que originaría el aumento de la competencia tendrá graves consecuencias para el conjunto de la actividad económica de la región. Esto crea una cierta solidaridad local. Los comerciantes, los profesionales liberales, incluso los obreros de la construcción, sienten que su prosperidad está vinculada a la de los agricultores y se asocian a sus combates...

Las difíciles reconversiones

Es de sobra conocido que las explotaciones vitícolas y fruteras exigen la utilización de un importante capital, gran parte del cual lo constituyen tierra y plantas.

Así, según los datos de la R. I. C. A. para 1973, el capital medio total de las explotaciones fruteras mediterráneas de 20 a 50 ha. era 1,1 millones de francos, de los cuales 800.000 correspondían a la tierra y las plantas. El endeudamiento total sumaba 227.000 francos. En la misma zona y para el mismo período, las explotaciones vitícolas con más de 50 ha. utilizaban un capital total de 1,7 millones de francos, de los cuales, 1,1 en tierra y plantas (endeudamiento total: 400.000 francos).

Las dificultades para la reconversión de estas explotacio-

nes no están vinculadas únicamente al carácter perenne de las plantaciones arbóreas y a la importancia del capital inmovilizado. Hay algo todavía más esencial: el empleo por hectárea.

Siempre según la R. I. C. A. 1973, las explotaciones vitícolas y fruteras de las regiones mediterráneas tienen la siguiente capacidad de empleo:

Empleo en días/ha en las explotaciones de la R. I. C. A. (1973)

	<i>Viticultura</i>	<i>Arboricultura</i>
Más de 50 ha	39	—
20 a 50 ha	45	68
10 a 20 ha	46	81
5 a 10 ha	58	81
Menos de 5 ha	—	128

Evidentemente, la sustitución de viñedos y frutales por cereales, pastos, soja..., no daría lugar al mismo nivel de empleo por hectárea, aunque estos cultivos se acompañaran de producciones animales intensivas. Este problema del empleo parece aún más grave que el de la pérdida del valor en plantas y tierra, en el caso de abandonar la viticultura.

Por otra parte, el problema no es nuevo. Desde 1953 se han hecho varios intentos de reconvertir los viñedos del Languedoc. En gran parte, por esta razón, se construyó el importante sistema de regadío de Bas-Rhone-Languedoc. Hacia 1955 también se incentivó el arranque de cepas. Pero los resultados han sido bastante escasos (4). Hay que reconocer la inexistencia de soluciones simples, rápidas y baratas al problema de los viñedos (o frutales) excedentarios o superados por la competencia. Hace falta tiempo, mucho dinero y esfuerzos complejos, y aún así se cometerán, sin duda, errores...

(4) La superficie de viñedo disminuyó un poco hacia 1955, pero los rendimientos tienen un crecimiento bastante fuerte.

Las producciones mediterráneas son difíciles de sostener y no se han beneficiado en nada de la P. A. C.

Las producciones mediterráneas como el vino, las frutas y las verduras son, como se ha visto, difíciles de sustituir por otros cultivos. También son difíciles de sostener. Las intervenciones de mantenimiento de precios que las afectan son mucho menos eficaces y satisfactorias que las que se llevan a cabo para los cereales, la remolacha azucarera o la leche.

Para los cereales, la P. A. C. asegura a los productores un precio garantizado. Para la remolacha, también, pero dentro de los límites de un contingente. Para la leche, la intervención se ejecuta al nivel de los productos elaborados (mantequilla, leche en polvo), pero como la industria actualmente está bastante concentrada y es eficaz, se transmiten con bastante fidelidad hasta el productor de leche. En el caso de la carne, por el contrario, las intervenciones llegan a los productores bastante amortiguadas —en especial, por supuesto, cuando la producción tiene dos etapas: la de los reproductores y la de los criadores—. Los primeros se quejan de estar mal protegidos.

Pero los mecanismos de intervención que afectan a la parte meridional de la C. E. E. actual están bastante menos desarrollados. La reglamentación comunitaria aplicable al mercado del vino data de 1970, mientras que la de los cereales se instauró en 1960. Excepto en lo que respecta al trigo duro, al arroz y al aceite de oliva (y desde hace poco al vino), las intervenciones que afectan al Midi son escasas e infrecuentes. Esto queda manifestado claramente en el cuadro IV, que detalla por productos los gastos de la organización común de los mercados.

Las intervenciones que afectan especialmente a los «meridionales», es decir, las del trigo duro, aceite de oliva, frutas y verduras, vino y tabaco, no representan más que del 17 por 100 al 24 por 100 del total (5). Teniendo en

(5) Por supuesto, la subdivisión que hemos hecho entre productos del Midi y de otra procedencia es imperfecta. Hay intervenciones en las frutas y verduras del Noroeste. El tabaco se presta a discusión...

cuenta el número de agricultores «meridionales» y su pobreza en relación con el «norte», puede decirse con fundamento que no se han beneficiado apenas de la P. A. C. (6).

Sin embargo, podrían hacer un esfuerzo de organización no desdeñable, en particular para las frutas y verduras. Volveremos más adelante a tratar esta cuestión.

C) UN CLIMA PSICOLOGICO DERROTISTA VINCULADO A UNA VITICULTURA ENFERMA

El economista frío y amante de los términos cuantificables se halla mal preparado para tratar estas delicadas cuestiones. Se necesitan sociólogos y especialistas en ciencia política. E incluso empleando la prudencia, es bien fácil herir la susceptibilidad de algunos agricultores del Midi...

La viticultura francesa, muy heterogénea, ha sido anestesiada por setenta años de proteccionismo

La viticultura francesa es el elemento más amenazado por la competencia del «Sur». Puede incluso decirse que este es el subsector más débil de toda la agricultura francesa. Pero este severo juicio debe ser inmediatamente revisado en función de la extrema diversidad de esta viticultura.

Hay una viticultura de calidad y una viticultura de vino corriente —además de una viticultura «corriente» orientada hacia la destilación (Armagnac, Cognac), que es un caso particular—. Existen especialistas cuyas explotaciones son casi exclusivamente vitícolas y policultores con viñedos. La mayoría de los viticultores venden muy poco mientras que otros —los más interesantes a nuestros efectos— son verdaderos empresarios que producen esencialmente para el mercado. Hay regiones que no utilizan azúcar y regiones que la utilizan mucho y con regularidad. Existen reglamentaciones y leyes que nunca se han aplicado en Córcega. Hay viticultores que producen un vino corriente, pero de sabor agradable, otros que fabrican un líquido mediocre, y algunos pro-

(6) Hay que reconocer, sin embargo, que los productos «meridionales» son menos esenciales para los consumidores que el pan o la leche. El vino hasta puede llegar a ser nocivo. Además, es técnicamente difícil intervenir productos heterogéneos y perecederos.

ducen algo prácticamente imbebible en tanto en cuanto no se haya mezclado con vino de mejor calidad. Hay «capitalistas» que emplean a varios asalariados, viticultores que trabajan ellos mismos, otros que son absentistas, otros para quienes la viña es una actividad complementaria...

Los intereses de estos distintos grupos son a menudo divergentes, pero todos se han beneficiado, durante los últimos setenta años, de una acumulación de intervenciones de los poderes públicos sin equivalente en toda la economía occidental. Por complejas razones políticas —y hay que reconocerlo, porque en determinadas épocas ha habido una penosa miseria vitícola en el Languedoc—, la viticultura meridional ha sido objeto de numerosas reglamentaciones y ayudas públicas.

Desde la distancia del tiempo, parece que todas esas intervenciones públicas no han conseguido ajustar la oferta a la demanda ni han evitado la degradación cualitativa de al menos una parte de la producción. Sobre todo, el apoyo financiero prestado, a través de la reglamentación, al conjunto del sector ha frenado la mejora de las estructuras, aminorado el ritmo del progreso técnico, adormecido los agentes económicos a diversos niveles, desanimado las iniciativas (7).

Por supuesto, todos conocemos excepciones que confirman estas afirmaciones. Pero el hecho esencial, que parece dominar el debate actual, es que, desde hace tres generaciones, los viticultores del Languedoc en general se han habituado a buscar la solución de sus problemas en la actuación política, en la manifestación más o menos violenta, en la protección sistemática contra la competencia, en lugar de en el progreso técnico en la organización comercial y en la transformación de las estructuras.

Por ello están poco preparados para luchar en una época

(7) Un ejemplo de esta falta de dinamismo comercial es el que las cooperativas vinícolas, que transforman más del 60 por 100 de la vendimia del Languedoc, prácticamente no tienen actividad comercial y no practican la integración vertical descendente. Venden perezosamente su vino a los grandes negociantes por mediación de los agentes tradicionales. ¡Qué contraste con las cooperativas lecheras!

cuyas palabras clave son competencia y libre circulación. Y como son conscientes de esto, temen cualquier ampliación que pueda aumentar dicha competencia.

Un clima de violencia y derrota

Frente a esta situación, y teniendo en cuenta las grandes divergencias entre los distintos fragmentos de tan heterogénea viticultura, asistimos desde hace poco a una violencia renovada, a manifestaciones que ponen en tela de juicio la unidad nacional, a formas de retroceso hacia una agricultura autárquica. Pero la impresión predominante que el visitante del «Norte» obtiene de una estancia en el Languedoc es pesimista y desalentadora.

El problema asume así toda su importancia política. El poder central no puede ignorar los temores de sus ciudadanos del Midi, tanto más cuanto que sus pasados errores son, en parte, responsables de su situación.

Hay que intentar encontrar soluciones nuevas.

III. CONCLUSION

La parte meridional de la agricultura francesa tiene buenas razones para inquietarse. Ya es bastante pobre y no puede aceptar serlo aún más. Al ser heterogénea llega desunida al combate. Su componente vitícola, predominante, está adormecida por los excesos de una protección que ha durado demasiado. Tiene fuertes y rígidas inversiones. Su reconversión es muy difícil.

Nuestro análisis podría detenerse aquí. Pero para salir de este punto muerto hay que estudiar si existen soluciones, aunque sean parciales; hay que intentar aclarar algunos problemas observándolos desde un punto de vista diferente y a veces menos exclusivamente agrícola.

Luchar contra el pesimismo

Sin pecar de falta de realismo o sin cerrar los ojos a miserias o injusticias, tanto más inadmisibles cuanto sean susceptibles de evitarse, es necesario destacar el extraordi-

nario progreso de la economía y la sociedad francesa durante los últimos treinta años. En particular, las transformaciones de la agricultura han sido considerables.

Cuando se releen documentos del período 1950-57 se tropieza con numerosas advertencias sobre la falta de competitividad de nuestra economía. Se temía que nuestra industria no podría resistir la competencia de la alemana, que nuestra agricultura sería menos eficaz que la de los Países Bajos... Pero, de hecho, *todo ha ido mejor de lo que se preveía*. Es necesario, pues, rectificar sistemáticamente las previsiones demasiado pesimistas y tener confianza en la habilidad de hombres y empresas para adaptarse y luchar.

Más en concreto, una razón para tener esperanza se funda en el crecimiento económico general. No debe olvidarse que una de las ventajas esenciales de la integración económica es que estimula la competencia, como factor de disminución de precios beneficioso para el consumidor. Esto provoca mejoras en el nivel real de renta. De esta forma se establece una dinámica de desarrollo que hace menos difíciles los reajustes que antes parecían inaccesibles.

En segundo lugar hay que destacar las posibilidades que ofrece la diversificación de productos, las ventajas de la proximidad del mercado, la importancia de la organización comercial. Estos factores son los que han permitido a los productores holandeses de frutas y verduras aumentar sus ventas en Francia y a las exportaciones francesas a Alemania aumentar fuertemente su participación en un mercado que estaba, hacia 1955, dominado por los italianos.

En tercer lugar, la experiencia de estos veinte años de integración económica europea prueba que muy pocas producciones agrarias han desaparecido bajo los efectos de la competencia, aunque algunas han retrocedido. Mientras las industrias francesas de las máquinas de escribir o de los frigoríficos han experimentado una regresión masiva o casi total frente a la competencia italiana u holandesa, las transformaciones en la geografía agraria han sido escasas. En otros términos, se puede asegurar que nunca habrá en Italia, e incluso en Italia y España juntas, bastante viñedo como para apagar la sed de los franceses. También, dentro

de Francia, el queso de pasta cocida (tipo Emmental) del Franche-Comté ha sufrido, desde hace diez años, la competencia de productos similares fabricados en Bretagne y Normandie. Esta competencia es dura, pero no mortal. Sin embargo, estos ejemplos no son aplicables al caso de producciones muy pequeñas que no ocupen más que unos millares de hectáreas.

Además de esta acción psicológica, destinada a luchar contra el clima de temor y contra el ambiente derrotista, hay que prever *ajustes en las políticas económicas que permitan atenuar los inconvenientes de la posible ampliación hacia el «Sur» de la comunidad*. Estos ajustes habrán de hacerse, por un lado, en las medidas generales de política económica y, por el otro, en la agricultura y en la P. A. C.

A) UNA VERDADERA INTEGRACION ECONOMICA SIN DISTORSION DE LA COMPETENCIA

Es fundamental recordar que la Comunidad Económica Europea es mucho más que una unión aduanera. Supone la armonización de las políticas económicas y la lucha contra las distorsiones de las condiciones competitivas por razones institucionales.

Más en concreto, *la lógica del Mercado Común implica que los agricultores de los nuevos países miembros vean aumentar el coste de su mano de obra*. Tendrán que pagar salarios cada vez más elevados y cargas sociales más pesadas. Esto afectará a todos los sectores y no sólo a la agricultura. Por ejemplo, las empresas de transportes por carretera de los nuevos miembros tendrán que aplicar los reglamentos europeos sobre la jornada de trabajo de los conductores de los camiones de gran tonelaje, lo que aumentará el coste del transporte y perjudicará a los productores situados lejos de sus mercados.

Ciertamente, los sindicatos obreros europeos harán todo lo posible para acelerar la aplicación a los nuevos miembros las políticas que aumenten el poder sindical en la empresa y para impedir que subsistan islotes de bajos salarios que amenacen las ventajas conseguidas por las clases obreras de los antiguos miembros.

La C. E. E. supone, en resumen, la igualdad de aquellos costes vinculados a las instituciones y a los mercados. Sin embargo, no puede llegarse a la igualdad sin accidentes a corto plazo. Y, por supuesto, esta igualdad no afecta a las diferencias en las condiciones naturales.

Hay que destacar, además, que la C. E. E. no puede limitarse al libre juego de los mecanismos liberales, que conduciría a la progresiva degradación de la situación económica y social de las regiones retrasadas o peor dotadas. Uno de los componentes de la política económica global de la C. E. E. es la *política regional*, que pretende precisamente transferir a esas regiones con dificultades capitales y conocimientos que les permitan acercarse a las otras.

Esta política regional está actualmente descuidada. Pero deberá poco a poco contribuir a mejorar las condiciones de vida —y, por tanto, los salarios y exigencias de los trabajadores— en las zonas con dificultades. El problema del coste de esta política regional aún no está debidamente reglamentado y continúa siendo financiada en su mayor parte por los presupuestos nacionales. Esto significa que los desfases en las rentas de las regiones pobres se corrigen más de prisa en los Estados ricos que en los pobres...

Esta negación, aunque imperfecta, de los mecanismos liberales está en el centro de los debates con respecto a la P. A. C.

B) UNA POLITICA AGRARIA COMUN MODIFICADA

No contar demasiado con modelos intervencionistas para los mercados «meridionales»

Hay una corriente de pensamiento que recomienda aplicar a las frutas, a las verduras y al vino tipos de organización de mercados parecidos a los que se utilizan para los cereales y el azúcar y que se basan en la fijación de precios de intervención rígidos y en el control de las transacciones por un organismo de intervención (oficina del vino, por ejemplo). Sin duda, hay que luchar contra las diferencias que hacen que los productos del «Norte» estén mejor pro-

tegidos que los del «Sur». Pero la simple imitación no es conveniente.

No hemos llegado al punto en que la crítica generalizada del mantenimiento rígido de los precios aconseje eliminarlo. Tal y como se indicó al comienzo de este artículo, se puede razonablemente prever una flexibilización de la P. A. C. y un descenso del nivel de los precios de intervención, que no entrarán en juego más que en determinados años (8).

Además, es difícilmente concebible la aplicación a productos perecederos, como las frutas y verduras, de sistemas concebidos para productos almacenables y susceptibles de un futuro comercio internacional.

La contrapartida de esta reducción en las intervenciones de productos es el desarrollo de las ayudas directas. Pero hay que reconocer que esta orientación sólo será posible en tanto en cuanto la administración agraria esté fuertemente implantada y descentralizada, lo cual no es necesariamente el caso en los países mediterráneos.

Pero no aceptar tampoco el liberalismo

Estas advertencias con respecto a un modelo demasiado rígidamente intervencionista no significan, en absoluto, que la competencia sin límites resulte soportable a los agricultores, ni que esté de acuerdo con los intereses de los consumidores, a causa de la inestabilidad que supone.

Ciertamente, es necesario intervenir para estabilizar, amortiguar la brutalidad de las reducciones de rentas, facilitar las necesarias transformaciones. Pero hay que hacerlo ayudando a los más dinámicos a progresar, a los peor situados a reconvertirse y a los más viejos a retirarse, no manteniendo artificialmente a todos.

Los métodos de organización en cuanto a las frutas y verduras

Las perspectivas que existen para estos productos son bastante favorables. Esta afirmación, un poco optimista, se

(8) En cualquier caso, la intervención a través del mantenimiento de precios es muy criticable cuando las estructuras de producción son heterogéneas, como ocurre en las zonas mediterráneas.

basa en la idea de que, por razones dietéticas de búsqueda de una alimentación más vegetal (pero con poca fécula), habrá un incremento del consumo; al menos, si se consigue mantener la calidad de los productos.

Los productores franceses no deberían inquietarse demasiado si se consigue proveerles eficazmente con innovaciones para que puedan mantener un cierto adelanto técnico.

Es necesario, también, acelerar la transformación estructural para crear explotaciones agrícolas de dimensiones suficientes y para facilitar la mecanización, medio fundamental para contrarrestar la competencia basada en una mano de obra más barata.

Finalmente, deberían fortalecerse las agrupaciones de productores, pues son la garantía de una comercialización más equitativa y más eficaz, así como de la intervención, en última instancia, para evitar precios catastróficamente bajos. Sería lamentable que estas agrupaciones, ya bastante desarrolladas en algunas regiones francesas, fueran puestas en peligro por la competencia salvaje de nuevos miembros.

El problema del vino corriente es mucho más complejo

En el caso del vino, el consumo nacional es decreciente, y no podemos sino felicitarnos por ello. Esto hace que el problema sea, en conjunto, muy difícil de resolver, pues existen excedentes estructurales.

Algunos países, Francia entre ellos, han hecho esfuerzos de disciplina cualitativa. Parece esencial el extenderlos a toda la Comunidad, hacerlos aún más severos y vigilar su aplicación allí donde los controles sean insuficientes.

Francia se encontrará, probablemente, en situación ventajosa para luchar contra la competencia de las zonas con salarios bajos, practicando una política de abaratamiento de costes a través de la mecanización. Esto implica replantaciones, además de un difícil reajuste de las estructuras de propiedad. La sección de orientación del F. E. O. G. A. ha ayudado a financiar actuaciones de este tipo en Italia y Alemania, pero Francia no ha sabido aprovecharse de ello. ¿Por qué no recuperar rápidamente este retraso? Una polí-

tica de este tipo supone la concentración de explotaciones, y esto encontrará mucha oposición.

Pero, finalmente, parece que debería subvencionarse el arranque de determinados viñedos. Pero ¿dónde hacerlo con prioridad? Probablemente, allí donde el vino es peor, los costes son más difíciles de abaratar y las reconversiones de tierra y hombres menos difíciles. Desgraciadamente, las dos primeras condiciones son bastante claramente contradictorias.

En todo caso, la postura francesa, de acuerdo con la cual no puede existir la libre circulación si no se aplican, con el mismo rigor en todas partes, las disciplinas cualitativas, nos parece razonable.

Pero resulta difícil que alguien que no es un especialista sea más explícito.

Tiempo, dinero y diversidad

En definitiva, pues, los temores de los agricultores del Midi francés frente a las perspectivas de ampliación hacia el Sur de la C. E. E. están perfectamente fundados. Pero el pesimismo total no está, en absoluto, justificado. No debe minusvalorarse la capacidad de los hombres para reaccionar, luchar y triunfar, cuando menos si se les ayuda hábilmente. En un espíritu de dinamismo y crecimiento, los reajustes son más fáciles.

Ciertamente, será necesario inyectar capital en abundancia en las zonas meridionales donde la agricultura está enferma y el conjunto de la economía es débil. Hacen falta ayudas financieras para las reconversiones agrícolas, para las jubilaciones y para el reajuste estructural, demasiado olvidado en el pasado, para la industrialización y para infraestructura. Estas ayudas deben incentivar el cambio y el abaratamiento de costes, no el conservadurismo y la ineficacia, como sucedía con el sostenimiento de precios.

Una segunda arma es la mezcla armoniosa de lentitud y rapidez. Hay que ir de prisa para crear impacto, decir a los interesados que las ayudas para la reconversión no se ofre-

cerán a partir de una fecha determinada. Pero hay que tener en cuenta la envergadura de las inversiones...

Finalmente, la extrema diversidad mediterránea no debe ser olvidada. Es necesario que ni París ni Bruselas la olviden. Los modelos de intervención agraria que convienen a la Europa del Norte no se adaptan a la del Sur. Y este es el problema fundamental. El Sur, más pobre, deberá ser ayudado financieramente por el Norte, más rico. Pues el Mercado Común no es, repito, sólo la libre circulación, sino también la igualación de las condiciones y la lucha contra las diversidades. Así, los mediterráneos están deseosos de recibir el dinero de los hombres fríos y duros del Norte, pero a condición de que no vaya acompañando a modelos de desarrollo que no les gustan. Y los financieros del Norte no quieren gastar su dinero para permitir a los encantadores meridionales vivir despreocupados...

Esto es, desde luego, una caricatura. Pero revela un problema de fondo. Una de las condiciones para la ampliación hacia el Sur es que los europeos del Norte comprendan mejor los problemas mediterráneos. Los actuales debates agrarios pueden contribuir a ello.

ANEXO

NOTA SOBRE LAS CANTIDADES DE COMPENSACION MONETARIA

Un país que revalúa su moneda (o, en el caso de monedas flotantes, cuya moneda se encarece en relación con otras) encuentra más difícil exportar y tiende a importar más. Recíprocamente, un país que devalúa exporta con más facilidad e importa con más dificultades. Esto es así, en general, haya o no unión económica o Mercado Común.

En el caso de la C. E. E. es cierto para los automóviles, las camisas o las patatas, pero no lo es para el trigo o la leche, debido a una de las modalidades del funcionamiento de la P. A. C.

Para proteger a los agricultores alemanes contra una disminución, en moneda alemana, del precio de oferta del trigo francés se impone, a las exportaciones francesas de trigo a Alemania, un impuesto llamado cantidad de compensación monetaria (C. C. M.), que corrige los efectos de la revaluación alemana y mantiene el precio de oferta del trigo francés (expresado en moneda alemana) al nivel anterior. La C. C. M. se incorpora al F. E. O. G. A.

Recíprocamente, consideremos el caso de un país que ha devaluado respecto a Francia, como Inglaterra. Debería pagar a un precio mayor (en moneda nacional) sus compras de trigo francés. Pero el F. E. O. G. A. le paga una C. C. M. para que el precio (en Inglaterra) del trigo importado de Francia no varíe.

El sistema de las C. C. M. va, por tanto, en contra de la lógica del restablecimiento del equilibrio exterior de los países cuya paridad monetaria se ha modificado. Disminuye la tendencia a importar más del país que revalúa. Impide al país que devalúa darse cuenta de la degeneración de su situación, al permitirle importar a costes tan bajos como antes de la devaluación.

Si se utilizan las C. C. M., que atenúan la significación económica real de un cambio en las paridades monetarias, y si se instaura, para los productos sometidos a la P. A. C., un régimen que erosiona la regla comunitaria de la libre circulación dentro de las fronteras de la C. E. E. es por dos razones fundamentales.

La primera razón afecta a los precios garantizados de que se benefician los agricultores. Los precios de intervención se especifican en unidades de cuenta. Pero lo que interesa a los agricultores de cada país son los precios en su propia moneda. Los agricultores de un país cuya moneda se ha revaluado (respecto a la unidad de cuenta europea) se mostrarían insatisfechos al ver que sus precios agrícolas (en moneda nacional) disminuyen como consecuencia de la revaluación. Este argumento no siempre es válido. Se podría, en el caso de una revaluación del marco alemán, por ejemplo, mantener provisionalmente el precio del trigo en marcos y permitir la entrada (sin C. C. M.) de trigo francés,

que resultaría barato para el comprador en marcos, pero no se admitiría que este trigo francés fuera presentado a los organismos alemanes de intervención. Esto limitaría los efectos de las importaciones sobre el mercado alemán. En última instancia, se podría incluso contingentar dichas importaciones. En la siguiente fijación de precios comunitarios, estas restricciones se levantarían.

La segunda razón afecta a los países (importadores) que hayan devaluado. Las C. C. M. subvencionan a sus consumidores. Teniendo en cuenta que una devaluación es indicio de dificultades económicas, la idea de subvencionar a estos consumidores (a costa de los otros miembros de la Comunidad) no es absurda. Pero podría hacerse de otra forma.

Naturalmente, la verdadera solución a este problema de las C. C. M. está en la integración más eficaz de las economías unidas en la C. E. E. Si armonizaran mejor sus políticas económicas y monetarias, si pusieran en funcionamiento mecanismos de ayuda mutua más potentes y, en particular, políticas de desarrollo regional, habría menos variaciones en los valores relativos de las monedas.

Cuadro 1

Resultado bruto de explotación (RBE) de las explotaciones clasificadas por categorías en función de su orientación técnico-económica. 1975. Total Francia

(Reparto con relación a la media y evolución 1970/75)

Orientación técnico-económica	Número de explotaciones (000) 1975	RBE medio (Total Francia = = 100)	Evolución 1970-75 en francos constantes (% anual)
Grandes cultivos	126	262	+ 1,0
Verduras	50	149	+ 2,4
Cultivo + Ganadería	50	148	+ 3,8
Cultivo + Fuera tierra	32	68	—
Frutas	30	136	+ 1,9
Viñedo	182	70	— 0,2
Vacuno carne	110	127	+ 5,9
Vacuno leche	116	93	+ 10,2
Vacuno mixto	184	110	+ 6,4
Ganadería + Cultivo	77	102	+ 3,1
Ganadería + Fuera tierra	117	64	+ 4,1
Porcino	21	186	— 5,5
Fuera tierra + Ganadería	40	57	+ 2,5
Otros	263	—	—
Conjunto	1.397	100	+ 3,8

Fuente: "Service Central des Enquetes et Etudes Statistiques". Ministère de l'Agriculture.

Comentario: Se observa que las explotaciones orientadas al viñedo tienen, en promedio, rentas bajas. Además, su situación se degradó entre 1970 y 1975.

Cuadro 2

**Resultados financieros de las explotaciones vitícolas
y hortofrutícolas de la red de información contable agraria
(R. I. C. A.) 1974. Languedoc, Provence-Côte D'Azur y Corse**

(Millones de francos)

<i>Orientación y tipo de superficie</i>	<i>Resultado neto de explotación (por explotación)</i>	<i>Resultado neto de explotación (por unidad de trabajo familiar)</i>
<u><i>Cultivos frutícolas</i></u>		
Menos de 5 ha	24.186	18.323
entre 5 y 10 ha	44.983	36.572
entre 10 y 20 ha	50.834	31.187
entre 20 y 50 ha	52.716	39.340
<u><i>Viticultura</i></u>		
Entre 5 y 10 ha	17.235	16.897
entre 10 y 20 ha	52.159	46.571
entre 20 y 50 ha	59.057	53.688
entre 50 y 100 ha	86.649	115.532
<u><i>Horticultura</i></u>		
Menos de 5 ha	38.651	16.518

Fuente: R. I. C. A. 1974.

Comentario: Se observa la gran dispersión de los resultados de las explotaciones vitícolas. Casi de 1 a 10 en cuanto a R. N. E./U. T. A. F.

Cuadro 3

La parte de las frutas, verduras y vino en la producción
agraria disponible. 1975. Para las cuatro regiones y algunos
departamentos del Midi.

(Millones de francos)

	<i>Frutas</i>	<i>Verduras</i>	<i>Vino</i>	<i>Total de la producción disponible</i>
<i>Aquitaine</i>	494	438	1.211	6.324
Gironde	47	121	987	1.654
Lot-et-Garonne	234	204	59	1.298
<i>Midi-Pyrénées</i>	314	296	439	6.100
<i>Languedoc</i>	543	404	3.301	5.057
Aude	19	22	902	1.231
Gard	261	140	656	1.276
Hérault	108	36	1.207	1.433
Pyrénées-Orientales	152	200	534	940
<i>Provence-Côte d'Azur</i>	854	942	872	4.470
Bouches-du-Rhône	343	457	150	1.373
Var	48	57	287	724
Vaucluse	366	350	419	1.366

Fuente: S. C. E. E. S.

Cuadro 4

Gastos y previsiones de gastos para la organización comunitaria
de los mercados agrícolas 1972-76.

(Millones de UC)

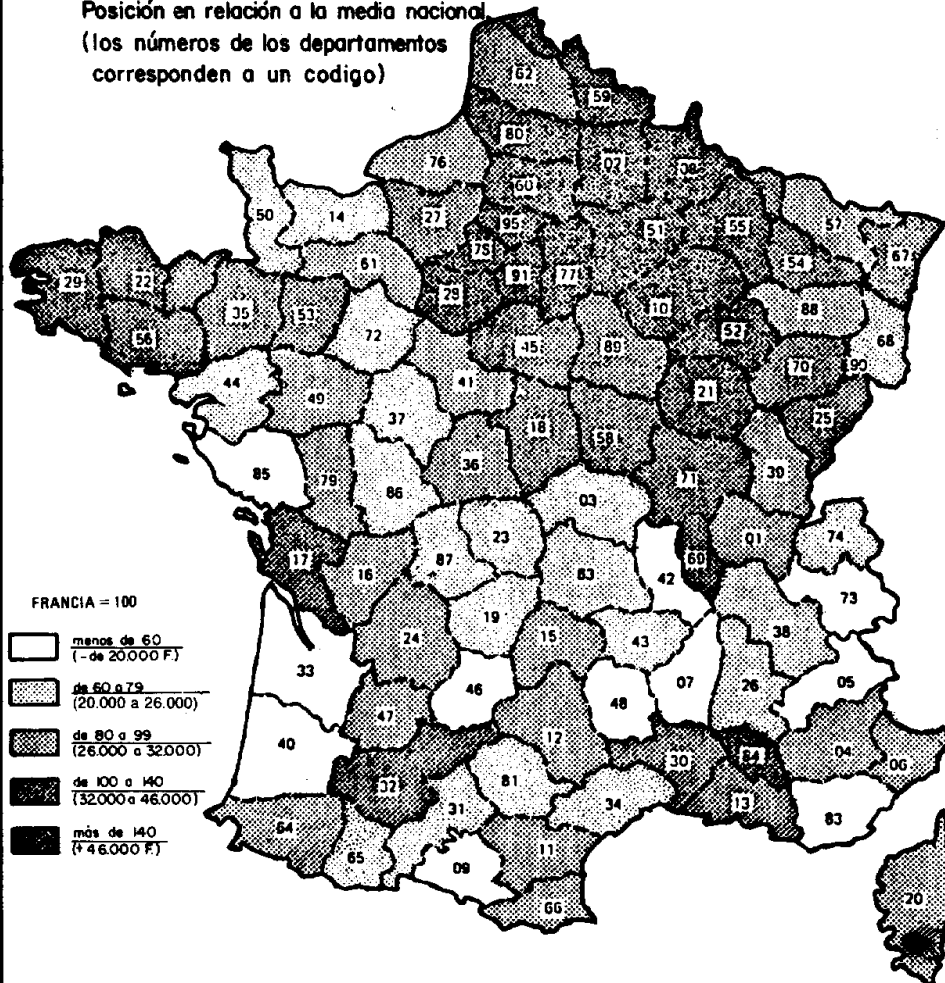
Años	1972	1973	1974	1975	1976
Producto				previsión	presupuesto
Cereales	908	1.030	400	634	715
(de los que					
<u>trigo duro</u>)	(108)	(124)	(3)	(143)	(179)
Arroz	50	11	1	5	24
Productos lácteos	538	1.497	1.221	1.153	1.541
<u>Aceite de oliva</u>	171	281	135	229	411
Otras oleaginosas	92	85	10	30	67
Azúcar	152	137	109	326	170
Carne vacuno	7	17	321	848	679
Carne porcino	50	97	67	55	69
Huevos y aves	12	23	17	16	24
<u>Frutas y verduras</u>	61	35	67	84	113
<u>Vino</u>	53	12	42	209	196
<u>Tabaco</u>	89	130	188	216	203
Varios	12	27	37	63	66
Fuera del anexo II	21	26	13	17	25
TOTAL	2.258	3.410	2.629	3.888	4.638
Total productos subrayados	532	593	516	886	1.126
Porcentaje correspon- diente	24 %	17 %	20 %	23 %	24 %

Fuente: C. E. E.

MAPA I.

· RESULTADOS BRUTOS MEDIOS POR EXPLOTACION Y DEPARTAMENTOS ·
1975 (Datos Provisionales)

Posición en relación a la media nacional
(los números de los departamentos
corresponden a un código)



FUENTE.- SERVICIO CENTRAL DE ENCUESTAS Y ESTUDIOS
ESTADÍSTICOS DEL MINISTERIO DE AGRICULTURA.

SUMMARY

The object of this article is to analyse how well justified are the fears that the farmers of the Mediterranean regions within the EEC have from competition by the new members in the likely event of an enlargement of the EEC towards the South. A description of the working of the CAP to date brings in the author's belief that will become less engaged in price support mechanisms by fixing its prices generally closer to the ones prevailing in the world market.

The fears are explained by three main reasons, in the case of the French Midi farmers: The poor background provided by little industrialised regions and low agricultural revenues. The specialisation in commodities with both production and marketing difficulties. The psychological atmosphere of defeat linked to a troubled viticulture.

The conclusion asks for a stress on the regional policy implications of a CAP and for an understanding of the Mediterranean agricultural problems by the Northern members of the Community.

RESUME

L'objectif de cet article est d'examiner dans quelle mesure les craintes des importations concurrentielles, qui ont les producteurs agricoles des régions méditerranéennes de la Communauté à l'égard de l'élargissement vers le Sud de la CEE, sont fondées.

Après une description de la PAC du présent, l'auteur explique sa hypothèse du désengagement de la PAC en matière des prix dans les années prochaines en fixant des prix moins écartés des niveaux mondiaux.

Les craintes des agriculteurs devant les perspectives d'élargissement sont expliquées, dans le cas du Midi de la France, par trois raisons: Un arrière plan de pauvreté —des régions peu industrialisées et des revenus agricoles bas. Une spécialisation sur certains produits avec des difficultés productives et du marché. Un climat psychologique défaitiste lié à une viticulture malade. La conclusion demande une vraie intégration économique sans distortion de la concurrence, de la politique régionale et une compréhension par les Européens du Nord des problèmes des méditerranéens.

